

Reseña

Armando Petrucci. Escribir cartas, una historia milenaria. Buenos Aires: Ampersand, 2018, 260pp.

En el ocaso de las cartas

Federico Ferroggiaro¹

La necesidad de comunicación entre las personas, de enviar mensajes urgentes, utilitarios, imperiosos, o simplemente de mantener vitales los vínculos existentes a pesar del escollo de la distancia, se conserva vigente en nuestros tiempos. En un modo diferente, es claro, propiciado por la globalización de las nuevas tecnologías que instauran el imperio de la inmediatez y la rapidez en la circulación de los mensajes. Como contraparte, estas características van en detrimento y suplantando a aquellas que se reconocen en la comunicación epistolar, marcada por su materialidad, desde el soporte hasta la grafía, y por las prácticas sociales asociadas a la emisión y recepción de cada carta: desde el acto de la escritura hasta la espera que precede la llegada a su destinatario. Armando Petrucci (1932–2018), docente y experto de la Historia de la Cultura Escrita, reconoce que su interés y su objeto de estudio es parte de una práctica que tiende a la desaparición, que se extingue reemplazada por la *inmaterialidad* de la informática, y que cada vez más se vuelve una forma en desuso. Por esta razón, entendió, a comienzos del siglo XXI, que había llegado el momento de plasmarel complejo

¹ **Federico Ferroggiaro** es Profesor de Letras (UNR), cursando la Maestría en Literatura Argentina y Profesor en la Parte Especial de Literatura Italiana de la Cátedra de Literatura Contemporánea de la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Escritor. E-mail: fgferroggiaro@yahoo.com.ar.

y variado devenir de este modo de transmitir mensajes en Occidente y nos legó *Escribir cartas, una historia milenaria*, que publicó Ampersand, con traducción de María Julia De Ruschi, en 2018.

Las preguntas fundamentales que guiaron la investigación y el libro de Petrucci se refieren a quiénes fueron los que escribían cartas, quiénes los destinatarios, cuáles las técnicas, materiales e instrumentos utilizados y, por último, las finalidades que impulsaron la ejecución de esta práctica; en un amplio recorrido cronológico que abarca desde el periodo de los siglos VI y IV a.C., en Europa mediterránea, hasta las postrimerías del siglo XX.

En el comienzo, a partir de los testimonios de los siglos VI y IV a.C. que han llegado hasta nuestros días, Petrucci afirma que las cartas más antiguas, encontradas en España, Italia y Francia, son breves y están escritas en láminas de plomo, técnica compleja que debía requerir de delegados de escritura. También hay pruebas provenientes de Egipto, durante la dinastía Ptolemaica, donde se desarrolló un estado burocratizado y con alta circulación de materiales escritos. De allí Petrucci toma para analizar el epistolario de Zenón, de origen griego, pero que vivió en Egipto vinculado al rey Ptolomeo II, cuyas setecientas cartas dan cuenta del modo de escritura y circulación de las cartas en el siglo III a.C. Estas se realizaban en tinta negra con cálamo vegetal cortado a modo de pluma, sobre una de las caras del papiro que se doblaba varias veces, con la dirección escrita en el exterior, atada con cuerdas y cerrada con el sello del remitente (23). Ya entonces, el intercambio de correspondencia resolvía problemas prácticos y reforzaba vínculos recíprocos de amistad y colaboración.

Posteriormente, el frenético epistolario de Cicerón, permite recuperar un área que se dibuja en el orbe romano y que se compone de “una verdadera *multitudo litterarum*” (27). Desde entonces, con el imperio escribiéndose, Petrucci señala los cambios que se van produciendo: desde el bilingüismo (la convivencia del latín y el griego en el mismo texto) y el pasaje de la mayúscula a la cursiva, hasta la aparición de las “cartas cristianas” (33). El capítulo 2, “La crisis, las crisis”, recalca en el periodo carolingio y la Alta Edad Media, en el cual se utiliza el pergamino como soporte y se pasa a emplear la minúscula

carolinea, que se destaca por su legibilidad, aunque la correspondencia se caracteriza por ser lenta, escasa y ocasional, circunscribiéndose al ámbito eclesiástico. A pesar de esto, entre los siglos XI y XII, se percibe la importancia de la conservación ordenada de cartas, el archivo y el uso de estas para la enseñanza del estilo y la escritura (54).

“Europa vuelve a aprender a escribirse”, el capítulo 3, recorre los siglos en los que se recupera la práctica, “después de siglos de abstinencia epistolar” (64). Esta se enriquece con el ingreso de “nuevos productores y nuevos productos” (63), como consecuencia del desarrollo económico y financiero y porque se comienza a escribir en las diversas lenguas vernáculas. De este modo, en el siglo XIII se produce una nueva forma de comunicación escrita con tres rasgos que, para Petrucci, son revolucionarios: se emplea la lengua vulgar, una grafía no libraria y el papel que fabrican los artesanos de Italia (65). A su vez, todo este siglo, con el impulso de los mercaderes y sus necesidades operativas, la correspondencia fue el modo de comunicación más funcional para los negocios y consolidó el uso de la cursiva *mercantesca*. Paralelamente, se extiende el envío de cartas familiares, muchas de ellas escritas por mujeres, más informales y *precarias*, en cuanto a lo material y a la forma en que están redactadas, que las cartas que forman parte del circuito oficial, del intercambio epistolar de autoridades y grandes mercaderes. Posteriormente, Petrarca transforma radicalmente “la epistolaridad culta italiana y europea” (81) retomando “el modelo olvidado durante siglos: las cartas de Tulio Marco Cicerón” (81).

El capítulo 4 está dedicado a los cambios que, por dicha influencia, Petrarca introduce en su estilo, en el de los humanistas italianos y, al fin, en toda la correspondencia europea escrita en latín entre el siglo XIV y el XV. La alta consideración que guardaba hacia su producción epistolar lo llevó “a dejar una edición auténtica (de sus cartas) como testimonio y modelo para sus contemporáneos y para la posteridad” (84). Su esmero gráfico, más el peso de su figura, contribuyó a que sus cartas “a la antigua” fueran el modelo de la epistolaridad en latín. Posteriormente, el canciller de la República florentina, Coluccio Salutati, aparece analizado por Petrucci como

continuador de Petrarca y ejemplo de esta forma de escribir que devino en el “medio indispensable para las relaciones recíprocas y la identificación cultural” (93) de una clase intelectual avanzada y homogénea que encontraba en el latín su *lingua franca*.

La explosión o revolución de la correspondencia escrita ocurre en el siglo XVI y es el capítulo siguiente el que nos presenta los factores esenciales: la alfabetización general a través de las escuelas elementales, la adopción de las lenguas vulgares, la participación creciente de las mujeres, los manuales de escritura en lenguas vulgares, entre otros. De allí que Petrucci asegure que la carta moderna nace en este siglo (103). Es en esta época en la que el latín cede su lugar quedando reservado para temas eruditos o filológicos, o bien como ejercicios de ostentación lingüística. El pasaje de la epístola barroca a la carta burguesa está presentado en el capítulo 6. De la carta concebida como “la pura formalización de la expresión gráfica en sentido manierista” (127), fomentada por los libros de modelos caligráficos, que hacen énfasis en la artificiosidad de la grafía, se pasa, luego de la primera Revolución Industrial y con el inicio del capitalismo moderno, a la adopción general de la comprensible cursiva inglesa para escribir cartas más simples, concisas, con uniformidad en el uso de la puntuación y los espacios entre palabras y desprovistas de ornamentos rebuscados.

Durante el periodo que abarca de 1783 a 1883 se extienden cambios revolucionarios motivados o acompañados por la mayor y más importante innovación: la expansión de la educación primaria en el mundo occidental (147). El crecimiento de la cantidad de productores y la velocidad en la circulación de las cartas se acompaña de la aparición del sobre, para proteger el secreto epistolar; la introducción de las estampillas; el empleo de papeles más livianos, de tintas de color y otras modificaciones en la disposición del texto en su soporte. También durante este periodo se producen novedades escritoriales, como la invención de la pluma metálica (plumín) y las estilográficas.

Junto a ellas, la máquina de escribir se vuelve el instrumento escritorio que revoluciona la escritura de las cartas. Sin embargo, en el

ámbito privado, se la rechazó y, por una cuestión de cortesía, se conservó la escritura a mano. El capítulo 8 visita este periodo de entre siglos en el que continúa predominando “la carta burguesa (masculina) occidental” que “supo plasmar y utilizar para sus objetivos de predominio económico y político [...] el instrumento epistolar en todos sus niveles” (169). A su vez, la progresiva alfabetización permitió este ejercicio a “las clases subalternas urbanas” cuyas cartas fueron muy diferentes de las burguesas: espontáneas, desprolijas, ocasionales y rústicas (173). Por otra parte, a partir de “un aumento de la conciencia de la muerte” (175), se puede distinguir una categoría de cartas centradas en testimonios personales y temas autobiográficos, cuyo “doliente precursor” (175) es el poeta Giacomo Leopardi. Cartas extensas, desmesuradas, quejumbrosas forman parte de un género, de un tejido epistolar, que tiene como principales remitentes y destinatarios a los intelectuales. Entre otros: Thomas Mann, Marcel Proust, Giosuè Carducci y Giuseppe Verdi.

Durante la primera posguerra del siglo XX, desarrollada en el capítulo 9, Petrucci sostiene que la correspondencia entre los intelectuales ya no trata sobre “sí mismos” ni sirve para crear redes de poder. La inminencia de la nueva conflagración y la consolidación de los totalitarismos produjeron “la irresistible necesidad de comunicación, de intercambio, de confesarse con otros que participaban [...] de los mismos sentimientos, para encontrar sostén, solidaridad, confirmación de la propia identidad” (189). Los epistolarios citados dan cuenta de una clase que se sentía ajena “a responsabilidades directas de naturaleza política” (192) y que delinean “una epistolaridad literaria, sufriente y sufrida, pero muy angustiosamente sincera” (193). Entre los escritores de este tipo de cartas, se destaca la originalidad y la fuerza con la que ingresa en su contexto cultural, la correspondencia de Pier Paolo Pasolini. Pero, para resaltar una figura de dicho periodo, quien será mencionado y desarrollado con una extensión más generosa es Antonio Gramsci, autor de “cartas extraordinarias”, por haber sido “redactadas y expedidas en condiciones anormales” (199), como es la prolongada reclusión a la que fuera sometido por el fascismo. Estas, que

podemos leer en el volumen *Lettere dal carcere*, nos ofrecen el contorno de un hombre incólume que, separado del mundo, siguió educando a sus hijos e interviniendo en la política de su tiempo a través de las cartas. Sin embargo, no es Gramsci el único emisor de estos testimonios escritos en situaciones límites. La epistolaridad bélica y las cartas de los inmigrantes constituyen otro corpus consistente de una escritura “individual, privada, inculta, espontánea [en la cual] se legitima el sufrimiento público, que puede salir a la luz” (203), junto a las “cartas de la muerte”, escritas por los condenados a la pena capital. La cantidad y la importancia de los epistolarios citados, a la vez de las relaciones que estos establecen con la historia reciente, nos dejan con el deseo de profundizar las lecturas y el análisis, pero la vastedad del objeto trabajado en este libro solo permite que nos quedemos con algunas pistas para satisfacer nuestra curiosidad.

Las proyecciones para el futuro, que anuncia Petrucci en el último capítulo, no son optimistas. Rezuma nostalgia su lamento por la pérdida de las fórmulas de cortesía y los saludos que encabezaban y cerraban las cartas, pero inquieta su mirada negativa sobre el mundo contemporáneo, caracterizado por la rapidez y la concisión comunicativa, y el impacto que esto tiene sobre la pauperización que está sufriendo el uso de “nuestro sistema gráfico, lingüístico y comunicativo” (212). Por esta razón, sumada al empobrecimiento de los sistemas educativos, Petrucci acaba preguntándose si no nos dirigimos a una convivencia entre dos sistemas de escritura: uno, el tradicional, y otro, el de las abreviaturas y símbolos que proliferan en la obligada brevedad y el vértigo de los mensajes de texto.

Escribir cartas, una historia milenaria, en el ocaso de una práctica que ha sido desplazada y reemplazada por la tecnología, nos propone asistir al proceso de cambios y transformaciones que experimentó esta forma de comunicación, desde los primeros documentos que se conservan hasta el presente. La erudición y el trabajo de composición de este estudio nos recuerda a otros igualmente ambiciosos y logrados como el de Petrucci; me refiero, en particular, a la *Historia de la lectura en el mundo occidental* de Roger Chartier y Guglielmo Cavallo. Con sus vastas referencias bibliográficas

y las imágenes de cartas que se reproducen en cada capítulo, reconocemos que *Escribir cartas* es un sintético pero poderoso homenaje a la historia de la correspondencia.